

LUIS CHIOZZA

LO QUE NO PUEDES HACER... DEBES CONTARLO

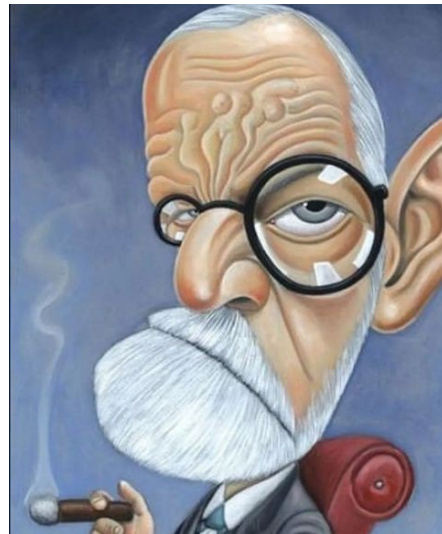
APUNTES DE TODOS LOS DIAS



EL LABURO, EL TRABAJO Y LAS VACACIONES

La palabra “trabajo” deriva etimológicamente de tortura; “laburo” es un término coloquial que proviene del italiano “lavoro”, que corresponde al castellano “labor”, contenido en el vocablo “elaboración”, que alude a un proceso creativo y sano.

Por una circunstancia cuyos orígenes ignoro, las palabras “laburo” y “trabajo”, funcionan invertidas en su uso popular; porque se suele considerar que un trabajo es valioso y deseable (de la afirmación: “el trabajo es salud”, ha surgido la ironía, “entonces que trabajen los enfermos”) y que un laburo podrá ser necesario, pero es algo forzado y penoso, hasta llegar, a veces, al extremo de constituir un injusto “castigo”.

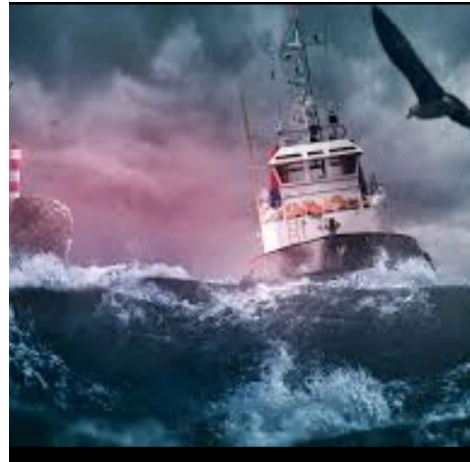


Existe, además, un malentendido significativo: la confusión de la carencia de un empleo con la carencia de un trabajo. Un empleo es un trabajo encomendado por alguien que se compromete a otorgar una remuneración estable (el salario) que comienza por ser independiente de “la colocación” del producto realizado y llega, con frecuencia, a ser también independiente de la cantidad o la calidad de aquello que, el “trabajador”, logra producir. En un mundo en donde “está todo por hacer”, podrán faltar los empleos (cuando disminuyen las personas que emprenden proyectos que aseguran remuneraciones), pero el trabajo “pendiente” (en el ámbito colectivo y en la intimidad de cada vivienda), en lugar de faltar, abunda.

Un malentendido de similar importancia reside en las vacaciones, que evolucionaron, desde ser anuales (o coincidentes con el weekend), a ser circunstanciales, y repetidas en cada ocasión “propicia”. Lo que sucede en la semana permite señalar un equívoco que agrava la diferencia entre las vacaciones que deseo y las que logro, y que surge de ignorar que para que algo sea vacación, es necesario que interrumpa una actividad que consiste en trabajar. Es inútil negar que el placer que puede obtenerse “de viernes a lunes” es un placer complementario que “nace” del placer saludable que surge de las tareas realizadas, “de lunes a viernes”, en la actividad que define la forma en que cada persona se inserta en la sociedad que habita.

FRENTE A LA TURBULENCIA INEVITABLE

Desde tiempos inmemorables navegar en el mar se ha constituido en una metáfora, del trascurso de la vida, reiteradamente utilizada. De allí aprendemos que se puede “correr” un temporal, dejándose llevar por la fuerza de los vientos, cuando se tienen por delante aguas navegables. Cuando, en cambio, no es así, no queda otro recurso que capear, “contra viento y marea”, una tormenta de la que no se puede escapar. También aprendimos que hay tiempos para llorar y tiempos para reír, y que no hay que olvidar el sol en la oscuridad de la tormenta, ni el fragor del temporal cuando el mar está en calma.



En tiempos más recientes, la llegada del avión, que “navega” en el aire, ha enriquecido nuestros pensamientos con nuevas metáforas. Allí la tormenta, de “truenos y centellas” es, sobre todo, turbulencia y, ante un frente turbulento que no se puede soslayar, no queda otro remedio que afrontarlo.

La Física describe la turbulencia como un movimiento desordenado de las moléculas, de un fluido, que engendra torbellinos, pero, en el terreno de las relaciones humanas, además del carácter destructivo de los estados emocionales desordenados, muchas veces violentos, se han llegado a identificar, con el nombre de “tormenta cerebral”, torbellinos intelectuales creativos que surgen en el trabajo intelectual colectivo de un conjunto de personas que abordan, al mismo tiempo, un determinado asunto.

Lo que “nos toca vivir” ahora, engloba, en una turbulencia idéntica, y de manera insoslayable, tanto al mundo “social” que nos rodea, como al espacio íntimo de nuestras relaciones entrañables. Duele que se reitere, por todas partes, un distanciamiento recíproco que, sin remedio, persiste y la ubicuidad de un malestar que en cada vínculo introduce un conflicto. En ambos territorios (sociedad y familia), y sin alternativas, tenemos que atravesar el temporal que “se viene” para poder continuar en el camino. Pero hemos aprendido que no todo será pérdida pura; agotada la tempestad nace la calma y, precisamente por eso, aunque sea con los mástiles rotos, valdrá la pena seguir hacia adelante “haciendo de tripas corazón”.

CUANDO NO SE SABE QUÉ HACER

Un amigo me contó que su profesor de filosofía, que siempre recuerda, para señalar que la célebre y categórica sentencia de Sócrates, “sólo sé que no sé nada” surge, precisamente, de la sabiduría, acudía al reconocimiento de que cuanto más se sabe más se ignora, y lo ejemplificaba mostrando que, si la superficie del círculo que representa la totalidad de lo que sabemos se agranda, crece inevitablemente la circunferencia que alude al perímetro que, de ese modo, nos pone en contacto con un sector mayor de lo que ignoramos.



Dado que el pensamiento nace de la necesidad de saber, “antes de actuar”, si las consecuencias de nuestros actos serán acordes con los fines que los motivan, cae por su propio peso que pensamos para saber qué hacer. Por eso pensamos cada vez que nuestras acciones automáticas (que se realizan con éxito de manera inconsciente) fracasan.

No cabe duda de que la situación que se manifiesta como “no saber qué hacer” (que conduce a expresiones como “no va a pasar nada”, o “no se puede hacer nada”, que se formulan como negaciones dobles que ocultan lo contrario) posee una enorme trascendencia por la extrema frecuencia con la que se produce.

Las reflexiones que expusimos surgen con el deseo de explorar si queda, en el fondo de la situación que hasta aquí describimos (que se presenta como un perturbador callejón sin salida), algo por hacer.

Encontramos una respuesta en el film “Soy un gran mentiroso” (realizado por Damian Pettigrew), en donde la incommensurable y conmovedora experiencia de Fellini nos revela (¡entre tantas otras cosas!) que, “CUANDO “NO SABEMOS QUÉ HACER” ... TODAVÍA PODEMOS CONTARLO”. Esa curiosa e innegable realidad (que lo que surge de la boca y la pluma de los seres geniales continuamente comprueba), no sólo nos acerca hacia la confianza fraterna que subyace en el fondo de toda psicoterapia. Es, nada menos, que la que sostiene la existencia de la literatura, que se constituye, como RELATO, para llegar a ser la auténtica forma, arcaica y original, de la historia.

LAS PALABRAS Y LAS COSAS

El “significado de lo que se habla es indivisible en su totalidad, como el enunciado espontáneo que, artificialmente, solemos dividir en palabras. Nombramos a las cosas y a sus movimientos (de los adjetivos surgen sustantivos y de las acciones verbos). Designamos conceptos “cerrados”, y “cosas”, como representaciones “abiertas” al conocimiento nuevo.



Desde antiguo se discute si la relación entre el signo lingüístico y su referente, es convencional y arbitraria o surgen, ambos, desde una natural comunidad de origen. La cuestión (cuyos últimos retoños todavía subsisten) se remonta a la controversia entre Hermógenes y Cratilo (supuestos maestros de Platón). La tesis de Cratilo (que la investigación psicoanalítica, la Biosemiótica y los hallazgos de Chomsky, avalan) sostiene que las palabras crean lo que nombran (el insigne lingüista Todorov arriba a la misma conclusión). No sólo vivimos en un mundo que “prorrumpe” en una forma verbal (y las palabras se combinan entre sí en oraciones como las cosas se combinan en el mundo), sino que, como lo señala Dante en “La divina comedia”, las cosas son metáforas de sí mismas, las vemos como si fueran las palabras que las nombran, y sus cualidades constituyen una especie de escritura “encarnada”.

Mientras tanto, el reconocimiento de que nos suceden efectos de cosas que ignoramos dio lugar a la palabra “ignominia” para designar algo que “no tiene nombre”. Frente a tal desasosiego, tan actual, cabe señalar un recurso.

Lewis Thomas (en “The fragile species”) describe cuatro tipos de lenguaje. El lenguaje uno, cotidiano, con el cual nos hablamos para presentarnos, asistarnos, y tolerarnos mutuamente. El dos, también habitual (inconscientemente metafórico) que procura esclarecer nuestros estados de ánimo y aquello que pensamos, sentimos y evocamos. Cuando estos lenguajes habituales fracasan, el tres racional, cuyo paradigma reside en la universalidad de las matemáticas, no alcanza. Es necesario recurrir al cuatro, poético (difícil de “explicar”, como la música), que otorga resonancias e iluminaciones plenas de emotividad, y es tan diferente del lenguaje habitual como lo son las matemáticas.

EL “IGNORADO” IMPACTO INCONSCIENTE

Tal como está organizado el “mundo” actual funcionamos víctimas de un divorcio entre nuestros ingresos conscientes y parciales y nuestros ingresos inconscientes y “totales”, que nos precipita en inesperadas consecuencias que explican una parte del desconcierto que hoy devora nuestra alegría de vivir. Lejos de pretender identificar culpables, inventemos un ejemplo representativo.



Podemos imaginar que encendimos nuestro televisor para recibir las noticias que nos comunican los conductores de los programas periodísticos que más valoramos, escuchando informes y reflexiones enunciados con seriedad y solvencia, que juzgamos verdaderos y confirman el respeto que habitualmente nos inspira un determinado periodista que apreciamos. Imaginemos, también, que de pronto se interrumpen las noticias para que el mismo comunicador trate de inocularnos la evidente mentira de que el lavarropas marca ZZ es el mejor que hay en plaza y que la crema cosmética XX es la única preparada con placenta de tortuga (aunque sabemos que los reptiles no desarrollan placenta). Sabemos que es el precio que pagamos porque una publicidad, que se basa en el engaño, es la fuente del dinero que financia lo que se trasmite. Para colmo vemos que, luego de comunicarnos una noticia triste y horrible (motivados tal vez por el propósito de no deprimir a la audiencia), los integrantes del programa “diluyen” la información penosa introduciendo, con “excelente humor”, un comentario personal “chistoso” sobre algún colaborador del noticiero. Casi siempre comprendemos, desde nuestras reflexiones conscientes, el equilibrio que debe realizar el periodista que apreciamos, pero deseo subrayar aquí que, si reparamos en que nuestro inconsciente “capta” incluyendo en un conjunto lo que ocurre en el entorno, registramos siempre la injuria que sufrimos y que nos precipita (aunque nuestra consciencia procure ignorarlo) en un inquietante desconcierto y en el malestar de ese desasosiego creciente cuyo origen sospechamos.

De más está decir que, frente a semejante contradicción ubicua que caracteriza al mundo entero, no podremos evitar el impacto que produce, pero en algo ayuda saber de dónde viene.

¿QUÉ LO-CURA?

Un padre que sabe que va a morir inútilmente en una guerra absurda, se despidió llorando de su pequeña hijita inundada de angustia. Nos enteramos, enseguida, que el yogurt tiene antioxidantes que todo lo mejoran. El mandatario de un pequeño país rechaza la violencia en un discurso altisonante, impotente y vacío. Vemos, a continuación que, en una ciudad desbastada, una verdadera multitud huye despavorida cuando suenan las sirenas antiaéreas.



Nos informan que sube el precio del petróleo y el dólar se desvaloriza aceleradamente. Y acaba de ingresar en el mercado un automóvil de alta gama con los últimos adelantos de la tecnología que nos otorgan “ese confort” que nos devuelve el bienestar que merecemos.

Vemos que los días martes podemos comprar en el supermercado X, la carne para un apetitoso asado con un veinte por ciento de descuento. La pantalla cambia para mostrar a un niño pequeño que dice: “no quiero morir”.

Vemos incendios e inundaciones que arrecian y nos enteramos que la biodiversidad se destruye, que crecen los estragos del dengue, la malaria y el coronavirus, al mismo tiempo que una nueva marca de cerveza nos ofrece felicidad y alegría.

Se publican, en gráficos, las cifras acerca de la pobreza y la indigencia para señalar que aumenta la “desigualdad” en el mundo, generando una “verdadera bomba de tiempo”, seguidas, inmediatamente, por la oferta de un lugar paradisíaco en el cual se podrá disfrutar de las deseadas vacaciones.

Qué debo hacer con el televisor, ¿regalarlo? Pero ¿se puede, acaso, vivir sanamente, prefiriendo pensar que es mejor no saber? ¿O es preferible seguir viviendo con los ojos abiertos? Mientras tanto es bueno recordar que las preguntas nos acercan y nos unen, y que las “certezas” nos separan y nos convierten en enemigos recíprocos.

No sé con qué, ni cómo, se podrá “curar” esta locura que, por ahora, se agrava y se “repica” en nuevas situaciones, sin que podamos divisar todavía cuál será el fondo desde donde, tal vez, se iniciará un “rebote” saludable.

GLOBAL Y COLONIAL

Tal como surge de lo que expone Lewis Thomas en “La especie frágil”, nacemos programados de una forma que evidencia nuestra disposición hacia una vida social sin la cual nos sentimos aislados, desolados y desamparados. Tendemos a pensar, entonces, que la humanidad alcanzará su estado saludable e ideal, integrada en una civilización armónica y GLOBAL, en torno de los mejores valores que la evolución produjo, y que se revelan



en las “mores” o costumbres que constituyen la moral que funciona como la argamasa de los pueblos. Las redes, que hoy vinculan en segundos los distintos rincones del planeta, hacia allí nos inclinan, pero veamos lo que la biología nos enseña.

Una hormiga (o una abeja), privada de su coexistencia comunitaria y colectiva, no puede continuar sobreviviendo. En palabras de Maeterlinck, la abeja necesita periódicamente retornar a la colmena como el buceador de perlas tiene que volver a la superficie para poder respirar. Por razones similares, una vida humana en la condición del ermitaño pierde su sentido de tal modo, que resulta inconcebible en condiciones saludables.

Las hormigas viven en colonias denominadas hormigueros, que configuran “superorganismos” integrados que, como los seres pluricelulares (constituidos en última instancia por mitocondrias, undolipodios y cloroplastos, que son bacterias procariotas) defienden muchas veces su supervivencia luchando contra otros hormigueros. También solemos hacerlo los humanos defendiendo los estilos de vida que se configuran en las naciones, dentro de las cuales, y sólo allí, nos sentimos patriotas.

Hemos llegado, por fin, a la necesidad de preguntarnos ¿es natural y sano o, peor aún, es siquiera posible, reducir la biodiversidad de LAS COLONIAS HUMANAS agrupadas en comunidades que se integran como grupos, pueblos y naciones, en la homogeneidad de un solo y universal estilo en el cual se mezclan, precipitadamente, tendencias que, con frecuencia, son contradictorias?

No cabe duda que el malestar que nos invade adoptando la forma de abundantes litigios, invade también a la familia. Entre las tradiciones que hoy, desaprensivamente, se traicionan, hay un proverbio que afirma: *l casado casa quiere*”.

CUANDO LAS PALABRAS MUEREN...

En un apunte anterior (Donde las palabras mueren) citamos palabras de Porchia y de Chuang-Tzu que reproducimos ahora.

Porchia afirma: “Lo que dicen las palabras no dura, duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas, y lo que dicen nunca es lo mismo”. Chuang-Tzu, hace más de dos mil años, escribió: “El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez puedes olvidar el anzuelo.

La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado puedes olvidar las palabras. ¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?”

En aquel entonces, todavía reciente, señalaba que las palabras nacen plenas de sentido y se convierten en metáforas marchitas, y que generalmente (pretendiendo lo que, casi siempre, solo logran los poetas) usamos, como trasfondo, un conjunto de palabras moribundas, para que, desde un conjunto de ellas, sobresalgan unas pocas llenas con el vigor de la vida. Unas pocas con las cuales pretendemos actual y efectivamente transmitir lo que en el instante reboza desde nuestro corazón.

Reparemos en que Chuang-Tzu necesita, con urgencia, hablar, sólo con un hombre que haya olvidado las palabras. Lo que le sucede se comprende, porque cuando las palabras mueren, el sentido redobla su vigencia, precipitándonos en la más auténtica de las soledades. Cuando las palabras mueren...la soledad nos ahoga. Es el “último” y verdadero sentido que dio origen al vocablo “descontento” qué (él también) nació pleno de sentido para decir lo que hoy sentimos y sobrevive ahora a duras penas, sin lograr transmitir lo que actualmente aprieta la garganta.

Suele afirmarse que nacimos con una natural disposición a reunirnos en comunidades solidarias. Lo cierto es que, sin ellas, sólo sobrevivimos como parias ermitaños que se lamen continuamente las heridas que han dejado los arrancamientos de los seres queridos. No cabe duda, entonces, que en el mundo en que vivimos, sobrecargado de litigio y de dolor, es imprescindible saber qué es lo que nos falta.



EL HOMBRE DE LA CALLE

Luego de unos cien años en que el hombre de la calle (el hombre común, sin poder ni autoridad) que habitaba el mundo civilizado de occidente, se sintió viviendo dentro de una serie de parámetros que, en una cierta medida, funcionaban de un modo previsible, sucedió en otros veinte o treinta, quizás, que todo fue cambiando (de una manera que al principio fue lenta y paulatina) para desembocar, bruscamente en los últimos dos años, en las profundas alteraciones que trajo consigo una pandemia rotulada Covid19. Una pandemia que sólo “desaparece” cuando resulta sustituida por locuras mayores que, ya prefiguradas en la pandemia, eran previsibles.



Ahora, en cambio, vivimos en un mundo subvertido en el cual el hombre de la calle (que siempre, en gran parte, nos habita), por extraño que parezca, NECESITA COTIDIANAMENTE, PENSAR PARA “SABER” CÓMO VIVIR. Esto, cabe repetirlo, es desde hace mucho, una absoluta novedad. Porque los pensamientos nos conducen a conclusiones que experimentamos como certezas, y conviene ahora recordar que mientras que las incógnitas que compartimos nos unen, las certezas nos dividen y separan hasta precipitarnos en los litigios que hoy abundan por doquier. Cabe preguntarse ahora, desde tales discrepancias, hacia qué panorama caminamos. Si reparamos en los macroconflictos que ensombrecen actualmente el escenario con extremistas amenazas, hasta hoy inauditas, de una guerra nuclear que equivale a un suicidio colectivo, cabe recordar que los dinosaurios desaparecieron sin conducir al planeta a una completa desaparición de la vida.

LA DISTRACCIÓN COMO RECURSO

Un operario atraviesa caminado la frontera que lo separa del país vecino, con una carretilla cargada con insumos correctamente declarados, logrando que pase desapercibido que lo que no paga aduana es la carretilla.

Contemplamos muchas veces, en las aventuras narradas en el cine o en distintos episodios de la vida cotidiana, circunstancias en las cuales la distracción es un recurso que procura disimular un acto que



simultáneamente se realiza. Así procede el prestidigitador que mientras retiene nuestra atención sobre lo que hace con su mano derecha, logra que no reparemos en lo que hace la izquierda. Nada de esto es algo insólito, ni algo que ignoramos. Forma parte, por el contrario, de las cosas que preferimos descubrir.

Pero cabe señalar, en cambio, dos circunstancias importantes que cuentan con nuestra complicidad inconsciente, y en las cuales, con frecuencia, nos inclinamos a negar que nos distraen.

La primera de ellas consiste en que la distracción nos seduce de tal modo, construyendo, con astucia, un suceso atractivo (sin importar que muchas veces sea dañino y, por motivos que no suelen ser conscientes, en el fondo nos complazca) que logra, de ese modo, alejarnos de lo que preferimos ocultar. Así sucede, por ejemplo, con accidentes “espectaculares” o con “noticias” que, si se proponen retener a la audiencia, no pueden dejar de ser funestas.

La segunda es peor, porque sucede cuando aquello que logramos “olvidar”, es algo de gravedad inusitada que, precisamente por eso, nos duele o nos intranquiliza mucho, asumir. Tomemos, por ejemplo, lo que ocurre con el Covid19, dejando ahora de lado la cuestión de elucidar el grado de riesgo que deriva del peligro infeccioso y biológico que el virus lleva en sí. Porque lo que nos interesa subrayar ahora es cuan poco se esclarece (y cuan controvertida) es la cuestión de hasta dónde nos protegen o nos dañan los virus y vacunas que, mientras tanto, nos distraen de otros daños mayúsculos, como los que hoy suceden en Ucrania, y que, cuando aparecen, sin distracción alguna, nos muestran la locura “que estaba oculta detrás”.

NO VA A PASAR NADA...

Freud señaló acertadamente que la negación es un sucedáneo intelectual de la represión. En otras palabras: algo que permanece reprimido puede, a veces, ingresar en la conciencia, gracias a que se cumple con la condición de negarlo. Sin embargo, en algunas ocasiones, eso se realiza de una manera en que la negación es la que queda “desmentida” (recordemos que desmentir es deshacer una mentira demostrando que algo que se afirma es falso).



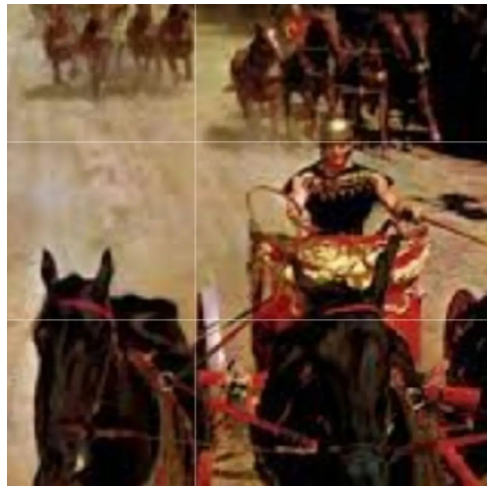
Así sucede (que la negación quede desmentida) cuando decimos que “no va a pasar nada”, porque lo que decimos lleva implícita una doble negación que, como negación, queda anulada. Reparemos en que “decir no de un no” equivale a decir sí; de modo que la expresión que ahora nos ocupa, transmite precisamente la convicción, que torpemente se “oculta”, de que algo va a pasar.

La experiencia nos demuestra que allí, en esa doble negación que estamos explorando, no se intenta esconder algo “porque sí”. Muy por el contrario, huyendo permanentemente de algo que a duras penas se evita, como un prófugo que vive torturado por la constante amenaza de ser reconocido, en esas circunstancias nos impregna una angustia subyacente que busca en alguna forma su salida. Se une al sentimiento, persecutorio y fperdurable, de que en cada uno de los días que vivimos, puede suceder algo temido, porque, como dice el proverbio, “tanto va el cántaro a la fuente, que por fin se rompe”.

Las reflexiones que hasta aquí reunimos surgen dentro de un particular contexto que, actual y efectivamente, nos abrumba, y que abordamos en un apunte anterior, refiriéndonos al “hombre de la calle” que siempre, en alguna medida, nos habita. Luego de muchos años en que habíamos vivido sin la necesidad constante y cotidiana de “pensar para saber cómo vivir”, nos encontramos hoy desorientados en un mundo que repentinamente “cambió” hasta un punto en que nos lleva a interrogarnos acerca de” los grandes asuntos”. Cabe recordar las palabras de Nietzsche: “Muy trágicas han de ser las razones que hacen de un hombre un filósofo”.

EL ESCRITOR Y EL LECTOR

Para señalar la crisis del ecosistema terráqueo alcanza con mencionar la veloz disminución de la biodiversidad y el calentamiento del planeta. Pero frente a las mentes agoreras, que predicen grandes cataclismos, cabe recordar que, si bien un cambio catastrófico es posible, otras veces ya ha sucedido (la peste bubónica destruyó un tercio de la población civilizada), y la humanidad ha sobrevivido.



Cuando escuchamos, a veces, decir “ya lo veremos”, recordamos la humorada: “es lo que dijo un ciego”. Pero hay una visión “interior”, intuitiva, y frente a lo que desde allí nos inquieta, caben dos actitudes: pensar en otra cosa o, como hacen los niños, decir “el rey está desnudo”. Si recordamos la sentencia de Sócrates: “Dios me puso sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo, para picarlo y mantenerlo despierto”, no solo surge el poder de una oratoria a la cual, muchas veces, “se la lleva el viento”, se dibuja mejor el valor de la escritura.

Dado que las cosas “fáciles” son las que se resuelven con automatismos inconscientes, y que la función de la consciencia consiste, precisamente, en ocuparse de lo difícil, no debe sorprendernos descubrir que los más valiosos y fecundos actos de consciencia duelen. Por eso puede decirse que escribir, de manera auténtica, lo que dicta el corazón, es renacer de las cenizas, como el Ave Fénix.

Si bien cabe decir que escribir es divertido (en el mejor de los sentidos de la palabra “diversión”, que por su origen se refiere a una versión distinta), también genera, paradójicamente, soledad.

Los antiguos romanos organizaban carreras de carros tirados por caballos, y es obvio que cualquier corredor que hubiera llegado a la meta montado en el caballo y sin el carro, hubiese sido descalificado. La metáfora nos sirve para referirnos al escritor y sus lectores. Pero no debemos ser injustos, porque, aunque el lector sea el carro que el escritor debe arrastrar por obra de su oficio, también es cierto que, en la vida de cada lector, cada escritor, auténticamente descubierto, se transforma en un pesado carro.

ENVEJECER

En algún lado leí que en la Biblia está escrito que después de los setenta años lo que se vive es un “plus”, una especie de “bonus” azaroso. De una u otra forma los setenta constituyen, sin duda, el haber llegado a vivir “en la vejez”. Más difícil es llegar a comprender lo que eso significa, porque no todas las vejez son iguales. Hay, por ejemplo, vejez en el cuerpo, y otras que son vejez en el alma... hay maneras de vivir que son pura nostalgia, y otras en que se conservan los anhelos...



Por detrás de todo esto que decimos, sobresale un asunto bien concreto, la convicción, frente a lo que se ha vivido, de que lo que resta carecerá e la “plenitud” de lo pasado. Y, sin embargo, dos cosas relativizan lo que digo. La primera es que aquella plenitud, no fue sentida totalmente com tal, en su momento, y la segunda, más importante, es que se trata de una plenitud que hoy, ya en la vejez, no se apetece.

VACUNARSE

Las vacunas tienen una historia iluminadora que comienza en 1796 con Edward Jenner y con la viruela, una enfermedad endémica caracterizada por pequeñas ampollitas, que se convierten en pústulas, en la piel de todo el cuerpo. Mataba entre un 20 y un 30 por ciento de los contagiados, dejándoles, a los que se curaban, cicatrices permanentes y profundas, que son muy típicas (especialmente en el rostro). Quienes no morían no



volvían a sufrirla. Tampoco la sufrían los ordeñadores que, más allá de unas pequeñas lesiones en las manos, nunca se enfermaban de viruela. La intuición genial de Jenner, a pesar de su ignorancia de lo que descubriría Pasteur, lo condujeron a frotar a las personas sanas con apenas un poco del pus extraído de las pústulas, logrando que padecieran una enfermedad debilitada. Así nacieron las vacunas. La primera fue la antivariólica, pero repararemos en que la viruela recién pudo ser erradicada, en el mundo, luego de 184 años, en 1980.

Otro jalón importante lo constituyó John Snow, quién creó la vacuna oral contra el cólera, luego de descubrir que la enfermedad no se transmitía por el aire, sino por el agua contaminada. Pasteur fue quien esclareció la cuestión de los gérmenes y la importancia de la esterilización, generando, además, vacunas contra la rabia y el carbunclo. Sabia, al contrario de lo que sucedía con sus precursores, que estaba utilizando bacterias debilitadas.

Hemos hecho un breve “periplo” sobre la historia de las vacunas, porque deseamos mostrar cuán lejos estamos de tener una idea clara cuando hablamos de vacunas contra el Covid19. Carecemos de una adecuada identificación del virus, que muta con rapidez, y de una experiencia suficiente con respecto a la eficiencia, a corto y largo plazo, de las vacunas ensayadas y sus fenómenos adversos.

A pesar del efecto superficialmente tranquilizador, el resultado de vacunarse, o de no hacerlo, está lleno de determinantes tan ignotos como los que rodean al hecho de que nos agarremos un virus, que ni siquiera es un ser vivo, y que con él nos enfermamos.

DOS CAMINOS PARA UN MISMO RESULTADO

En un chiste que nació con otros personajes, la CEO de una empresa aparece vistiendo un hermoso tapado, y cuando su secretaria se lo elogia, ella le contesta: “un amigo de treinta mil dólares”; cuando, un tiempo después, la secretaria concurre con un tapado similar, la CEO se entera de que lo ha logrado con treinta amigos de mil dólares. El chiste nos demuestra que un mismo resultado se puede obtener por dos caminos diferentes. Pero, en realidad, ¿es un mismo resultado?

El caudal que arrojan diez mangueras de un centímetro de diámetro puede lograrse con una manguera de diez centímetros, pero mientras que en el ejemplo del tapado entran en juego valores que tiene que ver con un deterioro que se asocia con la promiscuidad, en el ejemplo de la manguera la cuestión funciona en un sentido inverso, porque, si la única manguera se perfora, el daño puede ser mucho mayor que si se deteriorara una de las diez.

UN ENEMIGO PODEROSO...

Nos hemos referido antes a la conciencia socrática de que cuanto más se sabe más se ignora, y lo ejemplificábamos con un círculo que representaba la suma de nuestros conocimientos, para mostrar que cuando aumenta la superficie de ese círculo, crece la magnitud del perímetro de la circunferencia que nos otorga, con su crecimiento, un acceso a nuevas ignorancias.



Entre tantos autores que han escrito acerca de la Medicina como ejercicio "curativo" y como disciplina científica, sobre sale especialmente la figura paradigmática de Lewis Thomas, distinguido con merecidos galardones por sus actividades como investigador, como pensador y como médico. En dos libros estupendos ("The Youngest Science" y "The Fragile Species"), con su sabiduría logra transmitirnos una esclarecedora visión de "cuantas cosas" ignoramos los médicos, a pesar de la insistencia con que nuestros pacientes prefieren creer que debemos ser gurús omnipotentes. Eso nos conduce también hacia la importancia que adquiere conocer la magnitud de aquello que ignoramos, para valorar el principio rector contenido en la locución latina: "primum non nocere".

Si tenemos en cuenta lo que la psicosomatología nos enseña (que, más allá de las apariencias, los procesos morbosos siempre transcurren "en cuerpo y alma"), comprendemos mejor la enorme vigencia de la enfermedad en el universo humano. Porque no sólo la encontramos en la historia de la civilización, sino también en los avatares actuales que ensombrecen nuestra relación con nuestros semejantes, con las otras formas de la vida, y con el equilibrio del ecosistema que habitamos. La observación de un pasado que continúa en el presente, iluminada por lo que Lewis Thomas lúcidamente nos enseña, nos demuestra que la enfermedad es un "enemigo" poderoso y "respetable" al que nunca hemos logrado doblegar. Un enemigo que volverá, una y otra vez, a ocupar, en un papel protagónico, el escenario en el que se despliegan las tragedias humanas. Pero es importante comprender que se trata de un proceso singular. Es un enemigo que, cuando triunfa, completando su designio masoquista, se muere con la víctima por obra de su propia destrucción.

EL MOTIVO DE TODAS LAS GUERRAS

Desde una amplia perspectiva, y habida cuenta de que toda contienda necesita un enemigo, podemos diferenciar muy bien tres “tipos” de guerra que podemos ejemplificar con un divorcio controvertido, la lucha contra una plaga, y una lucha frontal y global de la humanidad “completa” dividida en dos bandos irreconciliables, cada uno de los cuales se identifica a sí mismo con el bien, y al otro con el mal. Así ha sido siempre, así es, y así, tal vez, seguirá siendo.



Lo que unifica ese asunto que conduce a cuestionarse qué es lo que motiva una guerra, es que todas ellas necesitan identificar a un enemigo y, precisamente por eso, cabe preguntarse: ¿cómo surge ese enemigo? Una de las más capacitadas indagaciones que se han llevado a cabo para esclarecer ese tipo de cuestiones, es la indagación psicoanalítica. Y desde allí surge, sin duda, que la primera forma de “fabricar” un enemigo es ver afuera algo de lo que se rechaza adentro.

No sólo el psicoanálisis, sino también el pensamiento filosófico, condujo a que la humanidad revalorice una forma particular de la verdad que solo se conserva alojada en los mitos que, durante demasiado tiempo, la ciencia supersticiosamente ha despreciado. Hoy, retornando desde tales prejuicios injustificados, no sólo los mitos clásicos nos han iluminado aspectos de la cultura indebidamente ignorados, sino que nos han sensibilizado para detectar una forma mítica actual que nuestra época ha producido. Señalemos, sin la pretensión de agotar tan fascinante tema, que en “La guerra de las galaxias”, asistimos nada más ni nada menos, que a la lucha de las fuerzas blancas del bien, contra las negras del mal, y que allí contemplamos, y no por casualidad, a la lucha capitaneada por el joven “caminador de los cielos”, intuitivo y vital, con el ronco, maduro y enmascarado tirano de un imperio maligno y triste. No es menester mucho ingenio para descubrir en el libreto de una serie tan aclamada, las sempiternas vicisitudes que Sófocles y Freud, desde el arte y la ciencia, inmortalizaron con el nombre Edipo.

FREUD TAMBIÉN PUDO EQUIVOCARSE

El clásico pesimismo de Freud frente a los “defectos” humanos, fue el paradójico efecto de un falso optimismo que lo condujo a lo que expuso en “El sepultamiento del Complejo de Edipo”. Allí declara que el paradigmático complejo “se va a pique”, “a raíz de las dolorosas desilusiones acontecidas”, pero también “porque ha llegado el tiempo de su disolución”, como sucede con los dientes de leche y, además, afirma que sucumbe por obra de las amenazas de castración (que vincula con la formación del superyó y



la existencia de un período de latencia de la sexualidad). A pesar de que en el mismo texto señala que “no puede negarse el derecho” a las diversas explicaciones, en el “no” contenido en sus palabras vemos que “la negación es un sucedáneo intelectual de la represión”. Es posible, por lo menos, sostener que sus explicaciones intentan, con su multiplicidad, sustituir la debilidad de la argumentación que las sustenta.

La cuestión cambia de manera radical si abandonamos la idea de que, cuando el Complejo de Edipo “se va al fundamento”, lo que ocurre puede ser interpretado como una represión exitosa que no acarrea consigo el retorno de lo reprimido originando síntomas. Reparemos en que el gran descubrimiento de Freud (más allá de la existencia de un psiquismo inconsciente que ya fue señalado, por ejemplo, por San Agustín) fue, precisamente, ese retorno “camuflado” de lo reprimido.

Freud comprendió que la histeria, la neurosis obsesiva, la perversión y la psicosis, surgían en esa forma, pero creyó, como Melanie Klein, (y de ahí su pesimismo) que los cuatro gigantes del alma (la envidia, la culpa, los celos y la rivalidad) eran constitutivos del hombre, cuando, en realidad, ellos también son un retorno de algo reprimido que, por obra de un componente neurótico que todos compartimos, a todos, de manera ubicua, nos habitan.

Si recordamos que “la neurosis es el negativo de la perversión”, cuando lo que se reprime es la condena, cabe indagar, en la psicopatía, las formas encubiertas en que la condena reprimida retorna.

SER ALUMNO

Por su origen latino la palabra “alumno” designa a quien es alimentado (hay opiniones que sustentan que el vocablo “alto”, derivado de altum, proviene de alere, y alude a que la altura es una consecuencia de ser alimentado). Como derivado del griego, en cambio, se discute si el término “alumno” designaba, en su origen, a quien era iluminado por alguien que le otorgaba una enseñanza (sosteniendo que “alumno” proviene de “a-lumen”, sin luz).



Si nos remitimos a lo esencial de su significado semántico, (sinónimo de aprendiz) alumno (sinónimo, además, de discípulo) es el que aprende algo de alguien.

La razón que nos demora en estas precisiones, es subrayar el hecho de que cualquier progreso en los procesos de pensamiento que nos ayudan a lidiar con la realidad, es el producto de un aprendizaje. Negarlo constituye un error tremendo y, si es cierto que sólo progresamos, en lo acertado de nuestros pensamientos, a través del error, es doblemente cierto que los grandes errores, una vez que se admiten, nos dejan grandes enseñanzas, aquellas que quedan certificadas, de manera precisa, por el dolor que producen.

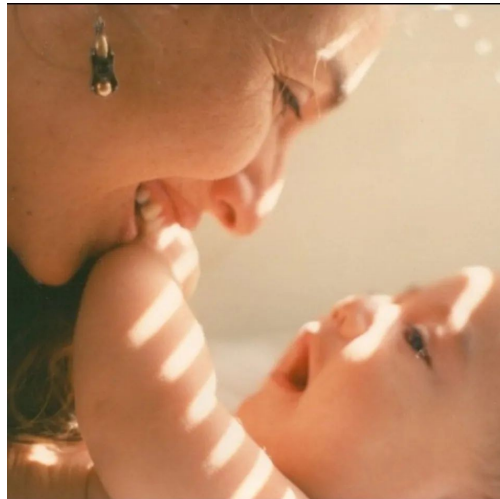
Poco importa subrayar que uno puede aprender “por sí mismo”, dado que lo que realmente importa es comprender, junto con Porchia, que “nadie está hecho de sí mismo”. Que, por el contrario, es absurdo pretender que la adultez se alcanza gracias a que “ya” no se es discípulo de nadie, mientras sucede, en cambio, que el más humilde de los seres que habitan nuestro entorno, funciona inevitablemente como un maestro que, sin cesar, nos enseña las múltiples maneras en que se vive la vida.

Volviendo sobre el absurdo de sentirse “realizado” y “a cubierto” de foráneas influencias, cabe recordar, otra vez, palabras de Porchia, “Si no levantas los ojos creerás que eres el punto más alto”.

Dado que vivimos (más allá de si lo aceptamos de manera consciente o, si en cambio, lo reprimimos o lo negamos), como permanentes aprendices de la vida, ser alumno, lejos de constituir una etapa “superable” constituye la indeclinable condición del estar vivo.

SIN ENAMORARSE ES IMPOSIBLE CRECER

El diccionario consigna que el perro es un “Mamífero carnívoro doméstico de la familia de los cánidos que se caracteriza por tener los sentidos del olfato y el oído muy finos, por su inteligencia y por su fidelidad al ser humano”. Así sólo se logra transmitir, a quien jamás ha “visto” un perro, una representación muy pobre. Por eso omito describir y definir lo que es enamorarse. Pero es posible sostener que el enamoramiento coincide siempre con esa forma máxima



del interés (del inter-essere) que denominamos entusiasmo. Es un sentimiento que no sólo pueden despertarlo las personas, sino también algunas cosas.

El enamoramiento contiene una ilusión que, tarde o temprano, casi siempre se pierde. A veces se transforma en una antipatía que nos aleja de lo que amábamos, y otras en una simpatía que, a pesar de sus valores, carece de entusiasmo. Hay una desilusión que, en sí misma, lleva implícito un proceso “en el fondo saludable”. No debemos, sin embargo, menospreciar la sabiduría del proverbio que asegura: “de ilusión también se vive”.

Cuando nos enamoramos quedamos expuestos, por lo menos, a dos riesgos importantes. Uno es el de no ser correspondido, el otro, ya mencionado, es distorsionar, ilusoriamente, la realidad que percibimos. Pero tampoco ayuda incurrir en la ilusión “contraria”, creyendo que evitar enamorarse protege de un sufrimiento grande, mientras que (renunciando al entusiasmo) aceptamos “por adelantado” una pérdida que, injustificadamente, consideramos menor. Si bien es cierto que elegir es perder para poder adquirir, es triste renunciar a lo que amamos pensando, equivocadamente, que así se pierde menos.

Vale para la empresa o la profesión que realizamos, para las transferencias recíprocas que surgen en un tratamiento psicoanalítico, y para todo lo que hacemos en el para qué y para quien vivimos. En cada acto de consciencia, cada nueva adquisición surge hermanada con el dolor de un duelo, y es por eso que el crecimiento duele. Llegamos así a concluir en que, dado que los dolores grandes surgen de los grandes amores, la magnitud del crecimiento depende de la magnitud del amor.

EXPLICAR NO ES LO MISMO QUE JUSTIFICAR

Explicar es esclarecer (des-plegar) el encadenamiento de factores que conducen al suceso en cuestión. Justificar, en cambio, es afirmar que es admisible, oportuno o adecuado, aquello que se juzga. aunque la diferencia es enorme, suelen confundirse. Una cosa es darme cuenta, por ejemplo, de que realicé “lo que me pide el cuerpo”, y otra es asumir que lo que hice “está bien”.



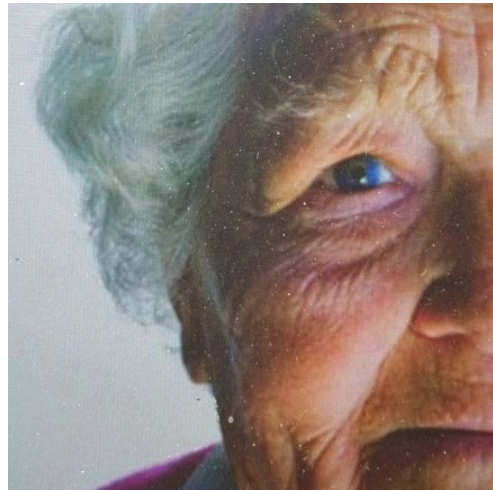
Cuando un adolescente mata a otro para robarle su celular, el delito se puede explicar atendiendo a las carencias sufridas en su infancia, y también “justificarlo” falsamente abandonando “su caso” para remitirnos a nebulosas consideraciones acerca de su ambiente social que conducen a que, con él, nada queda por hacer. Pero... ¿Qué clase de justificación es esa? ¿En qué consiste nuestra propia responsabilidad social, cuando sabemos que, muy probablemente, repetirá su conducta?

Suele oírse decir, entre la inmensa mayoría de aquellos que se han visto profunda y dolorosamente agredidos por gente como él (de todas las edades): “que se pudra en la cárcel” o, con un poco menos de venganza, “así aprenderá”. El castigo, sin embargo (la cárcel mucho menos) jamás “corrige” una moral deficitaria. Recordemos lo que sostenía nuestro prócer Mariano Moreno, que las cárceles no deberían existir para el castigo de los reos reclusos en ellas, sino para proteger a la sociedad de la repetición del delito. De más está decir que cumplir con ese elevado requisito implica una erogación que recae, toda entera (aunque sea través del Estado), sobre los ciudadanos honestos. Y que las cárceles “educativas” están muy lejos de nuestras posibilidades actuales.

En nuestros consultorios asistimos con frecuencia a la tentación de usar la explicación como justificación. Lo que en el megaescenario de nuestra sociedad nos enfrenta con callejones sin salida, nos ofrece, en las transferencias reciprocas, alternativas que nos “devuelven” aquellas responsabilidades que, proyectándolas, intentamos eludir. Allí aprendemos que debemos odiar, “creativamente”, a la enfermedad, nunca al enfermo. Y también que es importante perdonar, y perdonarse, sin dejar de recordar.

UNA VEJEZ “EN FORMA”

Ortega señalaba que hay un vivir en forma y un vivir en ruinas, y que una ruina nos muestra lo que las cosas han sido, y lo que hubieran podido, quizás, llegar a ser. Suele pensarse, con demasiada frecuencia, que en una vejez en forma todo “ha quedado resuelto”, y se puede seguir adelante, por inercia, en una espléndida y utópica jubilación. Se encuentra por doquier, en cambio, la distopía de una vejez en ruinas. Pero son, precisamente, las utopías (que se configuran creyendo en la existencia de un lugar que no existe) aquello que conduce a las trágicas distorsiones que, con su abundancia, llevan a que con frecuencia se confunda la vejez con la calamidad.



Consignemos, brevemente, algunas precisiones:

La única vida “resuelta”, es a que ya ha terminado. Lo sabe el gato, o el perro compañero. También “en el fondo”, el ser humano, que comete muchas veces el error de considerarlo una injusticia.

Vivir es un hacer inevitable que nos carga (aunque no siempre de manera consciente) con la responsabilidad por lo que hacemos. Ocurre hasta un punto en que sentimos que nuestra tolerancia con lo que no se justifica constituye una cruel complicidad con lo inmoral y malo.

La vida tiene más de un camino (privilegiar, por ejemplo, la familia o la espiritualidad colectiva), pero, dado que siempre hay que decidir entre lo justo y lo injusto, siempre se puede incurrir en la cobardía de menospreciar los valores. Traicionar valores equivale a traicionar personas y, dado que la perfección es inalcanzable, solemos recurrir a un pretexto para evitar la condena que la realidad impone. Esa condena es una multa, y cuando se paga por anticipado, una coima que funciona como el precio de una cobardía. Por ese motivo, y porque siempre hay algo mejor que yo, a pesar de las diferencias en el significado, todo orgullo (por lo que soy y hago) es vanidad.

Nada tiene de extraño que nuestros apuntes de anciano se conviertan en cartas de un naufrago que siempre se pregunta ¿qué pensará, el imaginado lector?

EN UNA ISLA...

Con un pequeño bote que no cruza el atlántico... Un atlántico que “ayer no más” (en tiempos del verso azul y la canción profana) era un riacho apenas... que se podía atravesar descalzo, para encontrarse sin animosidad. ¿No te sientes así? Hoy, cuando cada vida es un mundo profusamente intercomunicado en una superficie que ignora las profundidades aisladas, la soledad de cada uno arrecia. Vivimos, así, como si fuéramos uno de esos antiguos frascos



de farmacia con las etiquetas borroneadas hasta el punto en que ya nadie sabe lo que guardan adentro, mientras transitamos en un ámbito poblado por multitudes bulliciosas que reclaman una solución perentoria que ignoramos cuál podría ser, dado que, si se atiende a cualquiera de los reclamos incesantes, lo que a unos satisface, a otros perjudica. Es difícil vivir en un mundo en donde existe muy poca gente dispuesta a reconfigurar lo que ambiciona.

Vivimos teniendo que ingeniarnos en un constante tira y afloja en donde cada encuentro es una difícil transacción que es imprescindible negociar y allí, para colmo, no se puede ceder en algo sin contrariar a alguien. En un mundo en donde predomina que aquello que se logra tiene sabor a poco, se confirma que el que no se conforma con poco no se conformara con nada.

TODO PALABRAS...

Palabras...palabras... todo palabras, dice Hamlet. Lacan afirma: Ud. puede saber lo que dijo, nunca lo que el otro escuchó. Porchia señala: “Las palabras duran, pero lo que dicen no dura, porque las palabras son siempre las mismas, pero lo que dicen nunca es lo mismo”.

En la pantalla de mi computadora dos encantadores gatitos nacidos de una misma camada, “me miran”, y lo que, de pronto, me sorprende, es que no me miran “igual”. ¿Cómo podré transmitir,



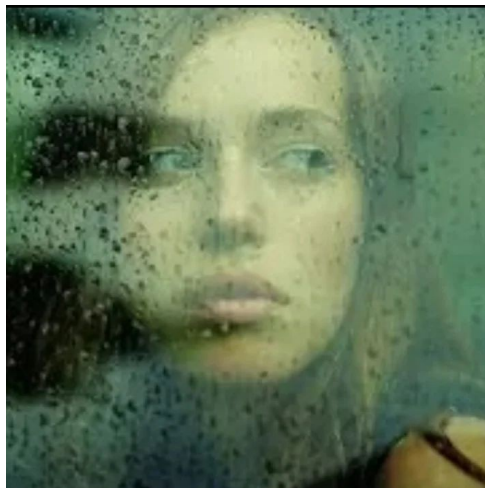
con palabras, esa diferencia que siento? Porque esa conmovedora experiencia resume y además, simboliza, (lejos de una coincidencia casual) que los seres humanos, a pesar de ser “fraternos” integrantes de una misma especie, llevamos entre pecho y espalda los avatares de una historia individual y compleja.

Sabemos que las palabras son puentes que, una vez atravesados, ya no son necesarios y en este punto la sabiduría oriental, y lo que citamos de Shakespeare, de Lacan y de Porchia, nos recuerdan la importancia que posee evitar olvidarlo. La dificultad que enfrentamos es dura, porque se trata de atravesar un “vacío” de magnitud desconocida, “lanzando” (como lanza un ancla el escalador de una montaña) un puente que se ampara en la esperanza de que en la otra orilla se afirme. Llegamos de este modo al meollo emocional de toda relación y, aunque a primera vista parezca exagerado, si no confundimos los roces ocasionales que sólo nos perturban, con los vínculos auténticos que nos enriquecen, más allá de ese meollo nada importa.

Que todos sepamos “en el fondo” por donde pasa lo que nos afecta “en serio”, no quita que las distintas estrategias con las cuales eso se reprime sean lo que más abunda. He leído de un escritor anónimo: “No importa cuánto avance la medicina, a todos nos duele alguien”. El camino que, más allá de las palabras, necesitamos recorrer es difícil, porque se trata sobre todo de un mirar hacia afuera” mientras se mira hacia adentro. Porchia lo señala cuando dice: “Cuando me parece que escuchas mis palabras, me parecen tuyas mis palabras, y escucho mis palabras”.

EL CANSANCIO Y LA TRISTEZA

Hay dos formas de cansancio. Uno saludable que, como producto de un esfuerzo placentero, se resuelve descansando, es decir, luego de un tiempo en que el esfuerzo cesa. El otro, en cambio, encubre con el rótulo “cansancio”, un desánimo penoso, “deprimido” y triste, que no logra superarse por más que se descansa. Dado que se trata de un malestar en el cual hoy vivimos inmersos, se comprende que tales circunstancias nos inviten a realizar algunas reflexiones.



En primer lugar, sobresale la tristeza. También allí encontramos dos formas de “tristeza”. Una genuina, que inicia de manera saludable la segunda fase en los procesos de duelo. Aquella que señala que la pérdida que duele se ha aceptado finalmente y vuelve, entonces, la posibilidad de disfrutar de las alegrías, grandes o pequeñas, que nos ofrece la vida. La otra, espuria, perdura como un proceso inacabable sin que jamás el bienestar retorne, y esconde, con el ficticio nombre de “tristeza”, los sinsabores de la melancolía.

Melancolía, entonces, no tristeza, es lo que, precisamente, hoy abunda y se difunde (plagada de autorreproches inconscientes), cuando nos resistimos a enfrentar los duelos, y los acumulamos como deudas postergadas hasta un punto en que ya son impagables. Una melancolía en la cual, según sabemos, florecen las acusaciones y las quejas que procuran ubicar una “culpa”, que todo lo tiñe, en algún lugar en que moleste menos. En esa nueva versión del juego de “El gran bonete”, “pre-ocupados” por donde estuvimos o por donde estaremos, evitamos asumir en donde estamos y la responsabilidad que nos compete. Pero sabemos que la penosa culpa del “pude y no quise”, aun siendo torturante, se sostiene con fuerza porque, con frecuencia, nos permite esconder un “quise y no pude,” que nos enfrenta con una impotencia que nos aterroriza.

En un “clima” en el cual el permanente y ubicuo intercambio de reclamos es un signo dominante de los tiempos actuales, cabe preguntarse cuáles serán los horizontes que encontrará nuestra tristeza actual cuando, por fin, se haya resuelto el duelo. En el borde de esta caja de pandora se desliza todavía la sempiterna esperanza.

¿QUÉ FUE LO QUE DIJE?

Hace poco citábamos a Porchia
“Cuando me parece que escuchas mis palabras, me parecen tuyas mis palabras, y escucho mis palabras”. Es necesario volver sobre la conmovedora sabiduría que esa frase contiene. Señalemos, en primer lugar, que las palabras que escuchas son “tuyas”, y que, cuando frente a lo que luego de haber hablado, nos sucede, si escucho “de nuevo” las palabras que dije, debo reconocer que mi enunciado, a juzgar por su efecto, muy poco se parece a lo que quise decir. No sólo nos ocurre en las penosas distorsiones conflictivas de nuestra convivencia cotidiana, porque son muchas las veces en que, sin notarlo siquiera, “nos comprendemos” mal.

Las palabras son símbolos, y un símbolo (desde su etimología) es una contraseña que, como tal, sólo funciona cuando el que la recibe posee, en su acervo, “la otra mitad”. Esto puede ser dicho de múltiples maneras, afirmando, por ejemplo, que cuando el dedo (el índice) que señala, tiene éxito en la tarea de indicar una presencia, es porque se comparte la idea de aquello que hay que ver. La mayoría de las veces esa idea es un sobrentendido, y cuando los sobrentendidos, que nunca son explícitos, no coinciden, se ingresa, inevitablemente, en un malentendido que no puede aclararse sosteniendo, simplemente, que “no es eso lo que quise decir”. Así andamos, por la vida, “tu y yo”, sufriendo muchas veces insospechados tropezones, que suelen ocurrir por la asunción ingenua de que “hablando uno se entiende”, sin reparar en el hecho, trascendente, de que las condiciones necesarias para “empezar a hablar” de lo que más nos importa, no siempre “surgen solas”. Muy por el contrario, sucede con frecuencia, que las dificultades, sostenidas por prejuicios que, en su mayoría, ni siquiera son conscientes, obstruyen la posibilidad de encontrar un acuerdo que sirva de apoyo para poder ingresar en un auténtico diálogo. Dado que “la delicia de insistir es el premio del vencido”, crear “las condiciones”, podrá ser imprescindible, pero conviene tener en cuenta que nunca es posible, en todo tiempo y lugar.



SINERGIA

Vemos que la forma de la corola de una flor particular y la del pico de un pájaro que mientras se alimenta se cierne agitando sus alas sin cambiar de lugar, funcionan “armónicamente”. Sabemos que también sucede, al mismo tiempo, que la “química” del néctar sólo existe para nutrir a esa determinada ave, precisamente la única que, en recíproca dádiva colaboradora, trasporta el polen hacia otra flor fanerógama de la misma especie. (Reparemos en que la “dosis” de néctar la alimenta, pero no la sacia, ya que, si la saciara, no volaría hacia otra flor).



Estamos en condición de afirmar que la selección natural no explica esa armonía (tal como lo señala Gordon Rattray Taylor en “El enigma de la evolución”). Ignoramos, por lo tanto, cómo pudo ese conjunto evolucionar hasta llegar a semejante sinergia. Sabemos, sí, que la naturaleza está llena de sinergias similares que “pululan”, inclusive, en las formas microscópicas que constituyen una fisiología inconsciente que otorga a los organismos pluricelulares la posibilidad de existir.

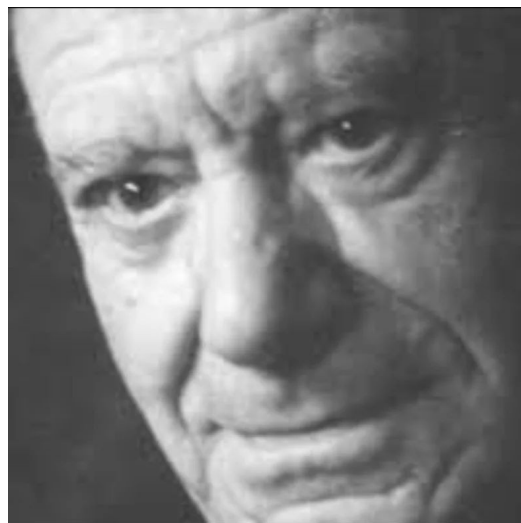
Frente a un mundo plagado de incógnitas que ponen siempre un límite a los valiosos conocimientos que la ciencia nos ha dado, usamos la palabra “misterio” (cuyo origen, griego, sólo tardíamente pasó a significar “desconocido”) para designar lo que encontramos, inevitablemente, cada vez que llegamos a los axiomas (“evidentes pero indemostrables”) en los que se apoya, en última instancia, toda ciencia.

Desde allí, desde el misterio implícito en todo lo que existe, los seres asumimos, en lo fundamental, dos “creencias”. Una “religiosa” y milenaria que recorrió los avatares del politeísmo y el monoteísmo, y otra, atea y laica, que sostiene que todo lo que existe no ha surgido como el producto de un acto voluntario que lleva implícito un propósito.

Quienes sustentan los distintos credos religiosos opinan que los ateos carecen de un sector muy valioso de la vida anímica. En la opinión de los ateos, en cambio, los dioses son prejuicios infundados que derivan de restos persistentes del animismo primitivo. Sea cual sea la creencia, una cosa es segura, la magna complejidad del universo es una maravilla.

DÓNDE Y QUÉ

La vista y el oído, los dos sentidos distales de nuestra organización sensorial, nos ubican en un mundo perceptivo dentro del cual tratamos de armonizar “dónde estamos”, con las intuiciones que nos brindan el tacto, el gusto y el olfato, los sentidos proximales que, por motivos que son “más que comprensivos”, usamos para aludir a capacidades indefinibles (como “la cosa de piel” o “la química”), que inclinan nuestro ánimo y nos despiertan indescriptibles afectos.



Antonio Porchia, el autor de su “único” libro “Voces”, que traducido (al francés, inglés, italiano, alemán, ruso y chino) circula en muy diversos países y en numerosas copias espontáneas (tal como consignan en una excelente introducción de una edición argentina de Alción Editora, Daniel Gonzalez Dueñas y Alejandro Toledo), en un diálogo con Guillermo Boido, dice “en voz viva”: “Creo que sentir es profundo y comprender es superficial, porque siento muchísimo y casi no comprendo”.

En su libro las “voces” están escritas en palabras que se ven, y que nos otorgan claridad iluminan nuestra oscuridad con luces y reflejos. Pero el título del libro apunta a subrayar que son sonidos que se oyen y que llenan nuestros silencios con sus resonancias, sus cadencias y sus ecos. Apunta, además, a destacar que las “voces” no se expresan en palabras aisladas, ya que la unidad de toda comunicación es un enunciado que, como bien sabe el poeta, las combina.

Del precioso tesoro que contiene su obra elegiré tres sentencias que conmueven con resonancias distintas.

La primera apunta a la pretensión de la prioridad en el amor: “Quien te quiere a ti, si te quisiera a ti, y solamente a ti, no podría quererte, porque no sabría cómo a quien quererte”.

La segunda se refiere a los procesos de duelo: “Todo es nada pero después. Después de haberlo sufrido.

La tercera nos habla de un pensar interminable: “Las cosas, unas conducen a otras; y son como caminos que sólo conducen a otros caminos”.

PENSAR MAL SE PAGA CARO

En las distintas circunstancias que configuran nuestro entorno lo “normal” es que oscilemos en forma permanente, entre un estado de bienestar que transcurre de manera “automática” inconsciente, y otro, en el cual la consciencia se “despierta”, que ocurre cuando nos enfrentamos con algo que necesitamos resolver y que, surgiendo de los datos que nos ofrecen los órganos sensoriales, se nos presenta (“por delante”) bajo la forma de una dificultad. Tal como lo ha señalado Erwin



Scrödinger, inconsciente es lo que se sabe, y consciente lo que se está aprendiendo. Somos, entonces, seres conscientes, en la medida en que necesitamos enfrentar dificultades.

Así nace el pensamiento, que funciona de un modo imaginario anticipando las consecuencias de la acción. En otras palabras: pensamos para saber qué hacer (en los “quehaceres” que nos presenta el día), pensamos para poder seguir viviendo.

El pensamiento, muy lejos de ser un entretenimiento de unos pocos intelectuales que se entretienen “filosofando”, es un recurso de los organismos vivos que no sólo reconocemos en nuestras “mascotas”, o en los hallazgos de la zoología, como inteligencia animal, sino también en las ocasiones en que nos hemos encontrado con una sabiduría inconsciente dentro de la cual se cumplen con éxito imprescindibles logros “fisiológicos” que se repiten como producto de “paquetes prepensados” que “una vez” fueron conscientes. (Recordemos la afirmación de Freud acerca de que el Ello contiene, las innumerables existencias anteriores del Yo)

No cabe duda que la inteligencia es un valor, y que toda contradicción “livianamente asumida”, conduce a un desastre, si no se la enfrenta responsablemente, como sucede con una paradoja que, sólo cuando se la “toma en serio”, nos marca el camino hacia un enriquecimiento mental.

Vale la pena subrayarlo hoy, cuando basta encender el televisor para quedar estupefacto ante tanta contradicción que queda impune y a la cual, con frecuencia, se intenta otorgarle una carta de ciudadanía pretendiendo que se la confunda con una “libertad” del pensamiento que, sin otras consecuencias, debería facultarnos para vivir en armonía, sin “grietas” ni conflictos.